

Alberto Baeza Flores

Agonía y deber en José Martí

FIGURA DE VARÓN CUMPLIDO



HAY un retrato del Martí de los 16 años. 1869. Su mirada se clava fuerte. El rostro es más bien el de un niño, débil, gracioso y blando. Ángel, a medias, con algo que se le desmaya desde la frente. Se pregunta uno dónde mana la fuente para el encanto del conjunto, en qué parte de él se atesora esa especie de luz invadidora que equilibra el resto y habla en bella figura cumplida, y cuando la vista vuelve sobre los ojos del Martí adolescente, se entiende bien que son el manadero de la verdadera luz del retrato. Los ojos miran tenaces, soñadores y fríos. Dualidad que acompañará, justa y humanamente, al encendido durante toda su vida. Frialdad en la gran ternura, sueño en medio del gran frío. Saben bien los ojos que para dar esa mirada cargadora de los espíritus, animadora de las voluntades, es preciso ser el fuerte para poder ser el tierno.

La barba es dulce, la boca sin brusquedades, la nariz fina, pero la frente clara vuelve de nuevo la atención hacia esos precoces ojos de acero ya fundido o a punto de fundirse. Se le ve el acento del llamado y elegido.

El otro retrato es de 1872. Tiene ya 19 años. Por primera vez al acero se trueca en desesperación, en audaz vértigo con su propio destino. Tiene bigotes que le aumentan cierta fina

hosquedad. Su cabellera es amplia y lo osado en el mirar, la chiapa, se le ven mejor. Ya esa certeza de la llama con fuerza de sangre irá con él donde vaya. Ha conocido, precozmente, la prisión.

Hasta el último retrato suyo que le miro, el de 1894, esa desesperación sujeta, esa firmeza de las bridas, ese ímpetu contenido que le conversa siempre y parece quemarlo, no le abandonan y están en él como el alma en el cuerpo.

W. C. Müller decía, en 1820, de los ojos de Beethoven: «sus hermosos ojos que hablan». En Martí son los ojos quienes hablan y en quienes le vieron la persona viva, ellos más que hablar arrebatában. Explican mejor esa fuerza que iba y rebotaba en sus oyentes y que caminaba en él con la duración de los predestinados.

Los libros que León Bloy en «Le mendiant ingrat», quiere que sean llevados por el escritor en el rostro, Martí los daba en los ojos. Y no sólo los libros sino también el destino, la pena y la alegría que los nutrían. Todo el destino se le agolpa y le sale en los ojos y cuando deja en vilo al que le escucha, hay que cargarle a esa mirada la mitad del arrebató que levanta.

FIDELIDAD CON EL DESTINO

Vuelve el destino a hablar con él, con una boca más cargada que la griega y diversa.

La vida de Martí me parece esa fiebre de relámpagos que de pronto llena su cielo cubano para sacudirlo hasta su raíz extrema. Tal es el supremo coronador de la libertad. Su fiebre lo consume y alimenta, le da nueva tierra y nuevas alas. No se distrae. Y todo en él, a través de sus ojos profundos, de su frente tan clara y de su dulce perfil enérgico, parece responder a este supremo destino que lo obsede.

Vive 42 años de lucha y energía, de fiebre y constancia, y pasa por la atmósfera de la isla como la estrella tutelar de su

verdadero drama, casi como el rojo de la sangre que lo comienza a atraer ya en su primera condena de los 17 años y que lo ahogará en Dos Ríos, 1895, luchando contra la columna del coronel José Jiménez Sandoval, en ese 19 de mayo en que se enduela para siempre el cielo cubano.

Entre esta estrella que camina y esta sangre que lo sigue, como buscándolo y enamorándole su mejor perfil, corren rayas de un azul calmo y profundo que son las vetas de su dulzura extrema y de su enamorada poesía.

Sorprende esta tenacidad ante la cual ni clima ni desmayo pueden nada. Es la flecha clarísima que sólo se afana en llegar y cumplir. La tiene su tierra como su mejor tesoro, porque no es otra cosa que el reposo en su mejor destino.

En él esta confluencia de vida y destino parecen empujarlo. No pesa en él como el bloque ciego que cae sobre Prometeo: «Forzoso me es llevar mi destino lo mejor que pueda, como quien conoce que el rigor del hado es invencible», dice el conversador con el mar. Martí lleva otro destino, amasado en una estrella humana y tutelar diversa. Su destino es mejor conciencia de deber y lo lleva no como Orestes sino más bien como San Pablo, ardiéndose en propia alegría de arder. Hay nueva luz entre Prometeo y él, y un diverso concepto de deber cargado hacia el alegre sacrificio.

No se puede llegar ni salir de Martí con frialdad, que la tenga el incapaz. Y le perdona la flaqueza de tal zona por el brillo de la otra.

Martí es trágico. En el fondo toda vida ardiente será trágica en sus naturales convulsiones, y se hará doble en tiempo que de por sí, por la coyuntura, es convulsionado. Y si de tal vida no puede quedar el marco—que a menudo se rompe—quedará el grito desnudo que al fin será la mejor nota que los que vienen guarden.

Imposible que hablando—o pensando—de él, no venga junto a lo trágico de su alma, lo predestinado de su vida.

No es que el hombre, el solo hombre, sea capaz de crear una atmósfera entera. Es la atmósfera entera quien empuja al hombre para que diga ese ciego empuje colectivo que quiere hablar, y habla y dice por boca del elegido. Así, lo ardiente de la época, lo crucial de Cuba de entonces elige a su hombre, pero cae la gracia que el elegido tenga tal fuerza personal, tal avasallante sello propio, que tiñe su misma época que lo llamaba, que colora los acontecimientos que lo pedían, y deja todos esos años marcados con una huella de permanencia y de vaivén, que va y vuelve y torna a salir de su persona.

Estaba signada su vida con la predestinación de la gran experiencia, hecho a ser el alto experimentador, la caldera de prueba. Salvado como Moisés de unas aguas de sangre, como Moisés salvado para conducir un pueblo a la victoria, tras los dolores y la esperanza que toda brega honda trae.

El, suma de ardientes esperanzas, atesora las voces de su pueblo, y sin desfallecer entra a ser el supremo dadivoso, el inagotable, la nueva piedra donde su pueblo—Aarón de piedra—hará brotar el agua necesaria en la sequedad de la infatigable lucha.

El conductor vuelve en él a inquirir el sello supremo del profeta—del poeta—y a hacerse, como en las primitivas civilizaciones, «sabio», adivino.

Adivina a su pueblo y le deja sus tablas supremas en su obra lúcida y en su ejemplo en carne. Es preciso hablar de santidad cuando se trata de Martí, porque su arrebató es de una santidad terrestre y desnuda, sí enteramente ajena al arrebatador empeño de una Santa Teresa, por ejemplo, cogedor de la fuerza que en la mística va a su Dios para traerla y darla derecho a su tierra.

La luz desmayada que empuja a la Santa de Avila a desparramar conventos por España, por amor a su Dios, tira a este otro santo, de nuevo cuño humano, a fundar grupos de patriotas libertarios por amor a su tierra. En ambos florece

santidad, aunque los caminos por donde va la luz del arrebatado sean diametralmente opuestos. En la misma medida en que la santa es celeste, Martí es terreno, es decir: de luz inmediata humana. Le coge, Martí, el lenguaje jadeante a Santa Teresa, como a otros clásicos de su predilección, y jadea en su verbo en agonía diversa también. Nos abre unas nuevas puertas de amor americano, de lealtad con la tierra, de solidaridad y atención con lo humano.

Para que mejor se le vea el destino, su pueblo no lo llama ni Martí, ni le dice el José Martí usual, sino que lo nombra, simple y gráficamente, «El Apóstol». Se le ve, nuevo Nazareno doliente, levantar este nuevo apostolado entre la luz radiante de su tierra, para que esta luz hable con voz propia entre nueva gente que un día mirarán con ojos nuevos la yerba, el árbol de su tierra crecer bajo un cielo de libertad.

NECESIDAD DEL MITO

Su pueblo vive celoso de su honra, cuidándole su historia, defendiéndosela a permanencia. Sabe bien que necesita de su vida, y —mejor— de una vida hecha mito como la suya.

Es el camino y la estrella intocada capaz de guiar con su luz en medio de una noche adversa.

Y quien ama lo de Martí, entiende bien qué parte de verdad y justicia tiene su pueblo al levantarlo como la figura elegida, al dejarlo hecho símbolo para faro permanente de su alegría y desconsuelo.

Necesitamos del mito ejemplar para crecer. Goethe pide volver los ojos a los griegos para compensarlos en la flaqueza. El ejemplo aviva, alivia el alma. Preciso es crearnos estos ejemplos americanos donde mirar; por próximos y candentes nos darán una nueva voz necesaria, nos darán esta mitología que nos crecerá como a nuestro lado, complementándonos esa otra también necesaria.

Pero en Martí, como en los valiosos, el ejemplo nos es doble, porque su vida y obra no hacen más que hablarnos del hombre y de su dignidad, cada vez y cada paso, en forma que mirado de lejos, parece la obra más honda de dignidad y levantamiento a lo humano que se haya emprendido en América. Nos hace ver, por su cercanía, que el mito tiene mucho de sangre ardiente aún, y nos hace dudar—y es lo más bello—si todo eso levantado en torno suyo no es más que el molde exacto donde vivió su vida, y que esto que la leyenda le da de aureola, en realidad la tuvo, y la tiene, y que el mito entra en una nueva fuente de justificación y aconchamiento en una admisible y admirable realidad.

América aun no sale del todo del indio y el español. Vive hoy, como ayer, el drama de un pasado no asimilado, y de la piedra de molino que es su incultura. América continúa viviendo con su piedra mortal atada al cuello y cuando habla, cuando le nacen hombres como éste, que hablan por todo su duelo y su alegría, tiene, al fin, en quien mirarse y en quien esperar. Es un espejo de esperanzas, una fuente de consuelo,

Bien está este niño, y los otros, cuando ellos llevan al hombre, cuando lejos de extraviarlo le dan mejor luz—otro ángulo nuevo para encontrar su verdadero camino.

La mitología crece alrededor del hombre y por todos los caminos que lo llevan a su centro. Es esto lo sano y lo óptimo. Mitología viene entonces a serlo a medias, porque se trueca al fin en humana ejemplaridad, en viva presencia. Mientras en Martí crezca alrededor de su defensa a lo humano no podemos extraviarlo, ni extraviarnos, y nos será siempre el divino acompañante, el ejemplar necesario.

Todos le ven el santo encendimiento: «el penetrante deajo franciscano que fertiliza aún sus prédicas de la hora ciega en que sólo podía oponerse al exterminio, a la tiranía... una especie de arrebatado ordenado... confluencia en él—del santo y del hombre», escribe Alfonso Hernández Catá en su «Mitología

de Martí», y don Fernando de los Ríos, le mira la tierra que «le estorba como a los místicos de todos los tiempos», don Enrique José Varona lo nombra «profeta».

En todo él, esta luz que lo asaetea lo empuja, en obra, a ser el bien llegado. «Me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominante al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: ¡Hijo!». Es la primera impresión de Darío que lo ve antes de subir a la tribuna en una de esas infatigables campañas de Martí en tierra americana.

EL ARREBATADO

«Los años pasan madurando no envejeciendo, dice en una de sus cartas que colman los tomos de un epistolario encendido como pocos, y como pocos también con la maestría de llegar sin distracciones al fondo iluminando. No es el charlador, no es tiempo de charlar el suyo. Es el que elige con certeza la pulpa empujadora y valiosa, el que sabe decir lo suyo y lo de su tierra con el estilo del escogido, del único. No distrae, enseña, economiza y su selva en su variedad parece siempre apretada, espesa como ninguna. No se le miran descansos sino los indispensables para emprender y hacer comprender mejor la seriedad de su embestida.

Su vida es una maduración lenta, y una agonía madura hecha ejemplo como para darse en el postrer sacrificio.

Para verle en todo su cuerpo, en toda su alma, hay que leerlo en esa prosa periodística que se salva de la caída, en las muchas veces que su palabra se hace elogio y salvación, dibujo de los elegidos. Describiéndolos se describe y donde pone sus preferencias podemos leerle su espíritu,

Nada más próximo a sí mismo, que lo que escribe del dulce y ejemplar Agramonte, guerrero como pocos, héroe de una

nueva Troya, de una nueva odisea americana. Escribe Martí de Ignacio Agramonte:

«Era un ángel para defender, y un niño para acariciar»... «Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella... Ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre».

Todo cae, todo queda en alta luz de dibujo para mostrarnos a este otro que también era angélico e infantil, ardiente y lumínico, y que jamás, «ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre». Martí, cuando habla de esas otras vidas ejemplares, nunca pierde de vista al hombre, y todo es desentrañado en lo certero, alrededor de la raíz humana.

«Con una mano opinaba en los pleitos y con la otra se echaba atrás las lágrimas». El siempre, con una mano fué el revolucionario infatigable, mientras con la otra se apaciguaba su corazón, tan doliente, con tanta muerte y belleza encima, que amenazaba siempre perderlo y desbocarlo.

Este amante, que miraba en la forma de amar el modo de crecer, en esa lectura en Steck Hall, enero de 1880, se sujeta como nunca su agonizar. Todo le parece escaso para la libertad de su tierra. «Las fuerzas que se pierden en lágrimas—dice—hacen falta después para el ardimiento y empuje de la sangre». Lo oyen y se quedan embebidos como quien escucha lo ideal hablando.

Nada, a no ser el mayor ardimiento, le apacigua su corazón.

DOLIENTE JUSTICIERO

Un hombre de su equilibrada y calurosa estatura humana no podía sino ser el comprensivo y el justo, y dolerse en justicia del desamparo de su América y de su pueblo agrietado; dolerse del indio sombreado y romo, saqueado por el español y el descendiente; del negro hecho a un lado en este cruzamiento de razas americanas.

«En la piedra en bruto trabajan a la vez las dos manos, la blanca y la negra—escribe—; seque Dios la primera mano que se levante contra la otra». Y luego: «sólo los que odian al negro, ven en el negro odio».

«Si se es honrado y se nace pobre no hay tiempo para ser sabio y ser rico». De pronto, aparece equilibrando lo material a lo espiritual de la vida en forma tan intuitiva que lo agranda. Sabe cuánto lo material condiciona el espíritu, y no es el interpretador materialista de su revolución, como muchos creen verlo, porque su hora es otra y su acción más tiene de la inmolación de Jesús que de la frialdad efectiva de Lenin. Es el símbolo, el santo, por sobre otras cosas. Y si lee a Marx, como que alcanzó a leerlo, tampoco vive la parte histórica que le correspondió vivir, la premura y el momento para una interpretación más justa; y si por vivir en el corazón del imperialismo, por «conocerle al monstruo sus entrañas», da la clarinada de la futura penetración imperialista en su tierra, su vida no le alcanza a preparar a su pueblo para recibir y rechazar la gran embestida, sólo alcanza a ver el peligro y a gritarlo, la muerte lo arrebató temprano y le quita esta otra desvelada acción suya.

«La desesperación arranca allá bajo las cañas de las haciendas; los huesos cubren la tierra en tanta cantidad que no dan paso a la hierba naciente». Los caballos pierden sus jinetes y nuevos jinetes vuelven a montarlos al anochecer. Su prédica gira cargada de símbolos, bajo cuya entraña palpita la ajustada certeza de su experiencia certera, de su indomable corazón.

Llevó a su América con la entereza del gran varón. del enamorado ardiente, y se dolió hasta por el último gramo de tierra americana; y sus ojos—o su espíritu—estuvieron preocupados del último extremo de su continente, que para él, toda la América era poca en su cariño.

AGONÍA SUPREMA

Para él, «Toda la vida fué deber», pero junto al deber, agonía. Su deber, su predestinación fué este agonizar. «Los ojos sanos y angustiados» que paseó por la tierra no hicieron sino entrar en su natural agonía, completarla, al volver a ella, para dormir en lo definitivo.

Si arrastró, arrebató a su pueblo, en igual forma arrebató, enamoró a su muerte, porque éste si que fué de los pocos que escuchan su hora.

«Yo presiento que llegan días grandes, y no hago por mí más que vigilar y estremecerse», dice en Nueva York.

Martí vive—revive—en los grandes vértigos; se carga, crece frente a la desdicha, es el encendido, y—no lo olvidemos—el agónico, y, como nadie, se siente el llamado y lo que en palabra puso de acción lo busca en la guerra de su tierra, en perdurabilidad de sangre. Como ningún capitán, como ningún soldado, sabe él que tiene—que debe—de morir. Y el presentimiento de su inmolación lo sigue como su sombra.

Fué, toda su vida, el verdadero desposado con su tierra y tanto la amó que fué su única mujer. En Dos Ríos, no hizo sino sentir por primera vez el vértigo del abrazo.

Carga—monta—a medias, su rucio quijotesco y su burro de las entradas en Jerusalén. Va, así a Dos Ríos montando su caballo de gloria, fatal entero, y lumínico, con la estrella de sangre ya señalada en el anca o la tusa del animal. Parece flotar, caminar más de prisa—galopar en su verdadero cielo ideal—en busca de su destino. Si le sobraban las edades, en esa carrera hacia la muerte, vuelve en su hervor a revivirlas en él.

Así, el plomo español que lo tala, no lo hace sino completar su círculo de conocimiento y destino, descansar una humanidad doliente como la suya para convertir su ejemplo en conciencia de su pueblo. No se apresuró, porque supo conocer su verdadera hora,

Sus huesos han entrado a calentarse más que en la conciencia de los hombres de su tierra, en la tierra de sus hombres, en el fondo instintivo que se hermana a la sangre y al destino.

Allí están callados y hablando, los huesos suyos, en un reposo de amante vencido que duerme tranquilo en el regazo que lo esperaba. Es conjunción de enamorados en diálogo este de su muerte con su tierra. Es la mano que ahuecada está hecha para contener el agua, sus huesos, golpeados por el sol y la lluvia inesperada y corta del trópico estaban hechos para recibir su tierra. Rilke pedía una muerte suya, que a cada cual se le diera la muerte adecuada, correspondiente. Este Martí podría pedir, ya en la suya justa, la tierra—la ejemplaridad seguidora—necesaria.

Si cada uno lleva su muerte, como la fruta el hueso, como Rilke decía, la muerte que Martí llevaba se le salía a cada paso. Puede vivirse muriendo, que es la manera de vivir del encendido, del demoníaco, de la brasa, y si se quema el hombre externo en beneficio del interno, como San Pablo quería—y todas son muertes al fin—no se hará otra cosa que cumplir con su muerte y con su vida.

La muerte que llevó Martí fué esta abrazadora y enamorada. ¡Qué bien se le siente llevarla! ¡Cómo se le escucha a caballo, llevarla en él como la fruta el hueso! ¡Cómo se le siente salirsele con garbo y distinción, todo derecho y limpio, por su muerte toda enhiesta y toda clara, a cada paso, a cada hora de su vida!

El bien que tenía su muerte y se sentía rendido y enamorado de ella, y sabía que, como en la noche la lámpara, la llevaba y le latía cuando nadie lo oía. Le latía la lámpara y él la llevaba como la fruta lleva al ángel, la llevaba como el hueso lleva las alas, como la cáscara el traje.

No se puede hablar de otra forma de esta muerte que él hizo toda su vida por merecer. No hizo otra cosa que hacerse

digno—en su vivencia ardiente—de una muerte justa y ardiente como su vida, y ejemplarizante, arrebatadora, como la de los guerreros que luchaban en Troya. Si no le hablaba le oía con respeto, golpear dentro de su cáscara; si sacudía su externidad, su pelusa, podía escucharla sentada como un hueso en su entero señorío de fruta.

Se hace necesario glosarlo en la gran epopeya que aun no está escrita, habiendo tanto libro acumulado alrededor de su vida y su persona.

Pocas veces la muerte ha tenido un rendido más leal y más derecho que este admirable padre de la revolución cubana, que este americano único y ejemplar.

«... y todo se moría, como si estuviera pasando por encima de la pobre tierra muda un inmenso ángel negro!», escribió él un día.

Todo parece morir ese 19 de mayo de 1895, en que cae el héroe y el apóstol. Y pasa, en realidad sobre el cielo de Cuba una sombra de llanto—de luto—irremediable, ese inmenso ángel negro que enturbia hasta el alma, pero, su ejemplo abre las puertas hacia la vida del hombre pleno, cierra su muerte el justo vivir de un alma angustiada y generosa, y nunca es más verde el verde que le miró a su isla convulsionada, nunca más azul su mar Caribe bello, limpio su cielo cristalino tropical, que cuando la esperanza en una América libre y limpia, sacudida de sus cadenas imperialistas, dueñas de su pan y su destino, crece, cuando miramos los ejemplos de este viviente enamorado. «Con todos y para el bien de todos», como él lo dijo, con el pueblo desnudo y para el día pleno americano.

La Habana, abril de 1941.